

mejor no menear el arroz, aunque se pegue.—Siempre los escuderos, respondió Doña Rodríguez, son enemigos nuestros; que, como son duendes de las antesalas, y nos ven á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos), los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo á los leños movibles, que, mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en día de procesion. Á fe, que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera á entender, no solo á los presentes, sino á todo el mundo, cómo no hay virtud que no se encierre en una dueña.—Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena Doña Rodríguez tiene razon, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por sí y por las demás dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal boticario, y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza.” Á lo que Sancho respondió: “Despues que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da, por cuantas dueñas hay, un cabrahigo.” Adelante pasaran con el coloquio dueñesco, si no oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la Dueña Dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque, si seria bien ir á recibirla, pues era condesa y persona principal. “Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recibirla; pero, por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un paso.—¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo Don Quijote.—¿Quién, señor? respondió Sancho; yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuesa merced, que es el mas cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de mas como por carta de menos; y, al buen entendedor, pocas palabras.—Así es como Sancho dice, dijo el duque; veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe.” En esto, entraron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí, con este breve capitulo, dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las mas notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la Dueña Dolorida.

DETRÁS de los tristes músicos comenzaron á entrar, por el jardin adelante, hasta cantidad de doce dueñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas, que solo el ribete del monjil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la Blanca Barba, vestida de finisima y negra bayeta por frisar; que, á venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garbanzo, de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se debía llamar la condesa *Trifaldi*, como si dijésemos la condesa *de las Tres Faldas*: y así dice Benengeli que fué verdad, y que de su propio apellido se llama *la condesa Lobuna*, á causa que se criaban en su condado muchos lobos; y que si, como eran lobos, fueran zorras, la llamaran *la condesa Zorruna*, por ser costumbre, en aquellas partes, tomar los señores la denominacion de sus nombres de la cosa ó cosas en que mas sus estados abundan; empero esta condesa, por favorecer la novedad de su falda, dejó el *Lobuna* y tomó el *Trifaldi*. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó